



## CAPITULO VI.

De qué ardid se valió Aurora para que la amase Don Luis Pacheco.



L primer cuidado de los dos nuevos amigos fué reunirse al día siguiente, y comenzaron con abrazos, que Aurora se vió precisada á dar y recibir, por hacer bien el personaje de Don Felix. Fueron juntos á pasearse por la ciudad, acompañándolos yo con Chilindron, criado de Don Luis. Parámonos á la puerta de la universidad á leer varios carteles de libros que acababan de fijar á la puerta. Habia tambien leyendo otras muchas personas, y entre ellas se me hizo reparable un hombrecillo que hacia crítica de las obras que se anunciaban. Observé que le estaban oyendo otros con singular atencion, y me persuadí tambien de que el creía merecer que le escuchasen. Parecia vano y hombre de tono decisivo, como lo suele ser la mayor parte de las personas chiquitas.—Esa *nueva traduccion de Horacio*, que anuncia este cartel con letras gordas, decia á los circunstantes, es una obra en prosa, compuesta por un autor viejo del colegio: libro muy estimado de los escolares, que han agotado de él ya cuatro ediciones, sin que ningun inteligente haya comprado siquiera un ejemplar. No era mas favorable la crítica que hacia de los demas libros: todos los motejaba sin caridad: probablemente seria algun autor. Yo de buena gana le hubiera estado oyendo hasta que acabase de hablar; pero me fué preciso seguir á Don Luis y á Don Felix, que, fastidiados de aquel hombrecillo, y no importándoles poco ni mucho los libros que criticaba, prosiguieron su camino, alejándose de él y de la universidad.

Llegamos á la posada á la hora de comer. Sentóse mi ama á la mesa con Pacheco, y diestramente hizo que la conversacion recayese sobre su familia.—Mi padre, dijo, es un segundo de la casa de Mendoza, establecida en Toledo: mi madre es hermana carnal de Doña Jimena de Guz-



man, que hace pocos dias vino á Salamanca en seguimiento de cierto negocio de importancia, trayendo consigo á su sobrina Doña Aurora, hija única de Don Vicente de Guzman, á quien quizá habrá vd. conocido.—No, respondió Don Luis; pero he oido hablar mucho de él, igualmente que de Aurora vuestra prima. Decidme si puedo creer todo lo que dicen de esta señorita: me han asegurado que es sin igual en hermosura y en entendimiento.—En cuanto á entendimiento, respondió Don Felix, es cierto que no le falta, y tambien lo es que ha procurado cultivarlo; pero en cuanto á hermosura, no creo que sea tanta como ponderan, cuando oigo decir que ella y yo nos parecemos mucho.—Siendo eso así, replicó prontamente Don Luis, queda muy acreditada su fama. Vuestras facciones son regulares, vuestra tez muy delicada, y así no puede menos de ser linda vuestra prima. Yo tendria mucho gusto en verla y hablar con ella.—Desde luego me ofrezco á satisfacer vuestra curiosidad, repuso el fingido Mendoza; hoy mismo despues de comer irémos los dos á casa de mi tia.

Mudó entonces de conversacion mi ama, y empezaron los dos á hablar de cosas indiferentes. Por la tarde, mientras se disponian para ir á casa de Doña Jimena, me anticipé yo á prevenir á la dueña que se preparase para recibir esta visita. Hecha esta diligencia, me restituí prontamente á la posada para acompañar á Don Felix, quien finalmente condujo al Señor Don Luis á casa de su tia. Apenas entraron en ella, cuando se encontraron con Doña Jimena, que les hizo seña de que metiesen poco ruido, diciéndoles en voz baja:—Paso, pasito: no despierten ustedes á mi sobrina, que desde ayer acá ha estado padeciendo una furiosa jaqueca, la cual ha poco tiempo que la dejó, y habrá un cuarto de hora que la pobre niña se retiró á descansar un poco.—Siento mucho esa indisposicion, dijo Mendoza, aparentando sentimiento, porque esperaba tener el gusto de que viésemos á mi prima, pues queria hacer este obsequio á mi amigo Pacheco.—No es eso tan urgente, respondió la Ortiz sonriéndose: pueden ustedes dejarlo para mañana. Detuviéronse un rato los dos caballeros con la vieja, y despues de una breve conversacion se retiraron.

Condújonos Don Luis á casa de un amigo suyo, llamado D. Gabriel de Pedrosa, donde pasamos lo restante del dia; cenamos con él, y dos horas despues de media noche volvimos á la posada. Habriamos andado como la mitad del camino, cuando tropezamos con dos hombres que estaban tendidos en medio de la calle. Creimos que serian algunos infelices recién asesinados, y nos paramos á socorrerlos, en caso de llegar á tiempo nuestro socorro. Mientras nos estábamos informando del estado en que se hallaban, cuanto lo podia permitir la oscuridad de la noche, he aquí que llega una ronda. El cabo nos tuvo por asesinos, y dió orden á sus gentes de que nos cercasen; pero mudó de opinion, haciendo mejor

juicio luego que nos oyó hablar, y mucho mas cuando á la luz de una linterna sorda descubrió las nobles facciones de Mendoza y de Pacheco. Mandó á los alguaciles que ecsaminasen y reconociesen aquellos dos hombres que nosotros creíamos asesinados, y hallaron ser un licenciado gordo y su criado privados enteramente de vino, ó mas bien borrachos muertos.—Señores, exclamó un ministril, conozco muy bien á este gran bebedor: es el Señor Licenciado Guiomar, rector de nuestra Universidad. Aquí donde ustedes le ven es un grande hombre, un talento extraordinario. No hay filósofo á quien no confunda en un argumento: tiene una facundia sin igual. Lástima es que sea tan inclinado al vino, á pleitos y á mugeres. Ahora vendrá de cenar con su Isabelilla, en donde por desgracia él y el que le guia se habrán emborrachado, y ambos han caido en el arroyo. Antes que el buen Licenciado fuese rector, le sucedia esto con bastante frecuencia; los honores, como ustedes ven, no siempre mudan las costumbres. Nosotros dejamos á los dos borrachos en manos de la ronda, que cuidó de llevarlos á su casa y nos fuimos á la nuestra, donde cada uno trató de irse á dormir.

Don Felix y Don Luis se levantaron al dia siguiente á eso del medio dia, y vueltos á reunir, su primera conversacion fué de Doña Aurora de Guzman.—Gil Blas, me dijo mi ama, ve á casa de mi tia Doña Jimena, y pregúntale de mi parte si el Señor Pacheco y yo podemos ir hoy á ver á mi prima. Partí al punto á desempeñar mi comision, ó por mejor decir, á quedar de acuerdo con la dueña sobre el modo con que nos habiamos de gobernar; y despues que tomamos nuestras medidas puntuales, volví con la respuesta al fingido Mendoza, y le dije:—Vuestra prima Aurora está muy buena; ella misma me ha encargado os asegure que vuestra visita le será del mayor agrado; y Doña Jimena me encomendó afirmase al Señor Pacheco, que siempre será muy bien recibido en su casa por vuestra recomendacion.

Conocí que estas últimas palabras habian gustado mucho á Don Luis. Tambien lo conoció mi ama, y desde luego arguyó de ello un dichoso presagio. Poco antes de comer vino á la posada el criado de Doña Jimena, y dijo á Don Felix:—Señor, un hombre de Toledo fué á preguntar por su merced en casa de su señora tia, y dejó en ella este billete. Abrióle el fingido Mendoza, y leyó en él estas cláusulas en voz que las pudiesen oir todos:—*Si quereis saber de vuestro padre, con otras noticias de consecuencia que os importan mucho, leído éste, venid prontamente al meson del Caballo Negro, cerca de la universidad.*—Tengo grandes deseos de saber cuanto antes estas noticias que tanto me interesan para no satisfacer mi curiosidad al momento: hasta luego, Pacheco,



continuó; si no volviere dentro de dos horas, podeis ir vos solo á casa de mi tia, adonde concurriré yo tambien despues de comer. Ya sabeis el recado que os dió Gil Blas de parte de Doña Jimena: en virtud de él podeis con franqueza hacer esta visita. Diciendo esto salió de casa mandándome le siguiese.

Ya se deja discurrir que, en vez de tomar el camino del meson del *Caballo Negro*, nos fuimos derechos á casa de la Ortiz, y nos dispusimos al enredo. Quitóse Aurora sus postizos cabellos rubios, lavóse y estre-góse muy bien las cejas; vistióse de muger, y quedó como naturalmente era, una trigueña hermosa. Puede decirse que el disfraz la trasformaba de manera, que Doña Aurora y Don Felix parecian dos personas diferentes; y aun en trage de muger parecia mas alta que vestida de hombre: bien es verdad que los grandes tacones aumentaban la estatura. Luego que á su hermosura añadió los demas ausilios que el arte podia prestarle, esperó á Don Luis, con una agitacion mezclada de recelo y de esperanza. Unas veces confiaba en su talento y en su hermosura, y otras temia que le saliese mal aquella tentativa. La Ortiz se dispuso por su parte lo mejor que pudo para ayudar á su ama. Por lo que hace á mí, como no convenia que Pacheco me viese en aquella casa, y como, á semejanza de aquellos actores que solo aparecen en el teatro cuando está para concluirse la comedia, no debia parecer en ella hasta el fin de la visita, salí así que acabé de comer.

En fin, todo estaba ya prevenido cuando llegó Don Luis. Recibióle Doña Jimena con el mayor agrado, y tuvo con Aurora una conversacion que duró de dos á tres horas. Al cabo de ellas entré yo en la sala donde estaban, y dirigiéndome á Don Luis, le dije:—Caballero, mi amo Don Felix suplica á vd. se sirva perdonarle si hoy no puede venir, porque está con tres hombres de Toledo, de quienes no puede desembarazarse.—¡Ah, libertinillo! exclamó Doña Jimena, sin duda estará de jarana.—No, señora, repliqué yo prontamente, está en realidad con aquellos hombres, tratando de negocios muy serios: es cierto que le ha causado grandísimo disgusto el no poder venir aquí, y me ha encargado decíroslo igualmente que á Doña Aurora.—¡Oh! yo no admito sus disculpas, repuso mi ama chanceándose. Sabiendo que he estado indispuesta debia mostrar mas atencion con las personas que le son tan allegadas. En castigo de esta falta no quiero verle en dos semanas.—¡Ah, señora! dijo entonces Don Luis, no tomeis tan cruel resolucion. Sóbrale á Don Felix por castigo el no haberos visto hoy.

Despues de haberse chanceado algun tiempo sobre el mismo asunto, se retiró Pacheco. La bella Aurora mudó inmediatamente de trage, y volvióse á poner su vestido de caballero. Trasladóse á la posada lo mas

breve que le fué posible, y apenas entró dijo á Don Luis:—Perdonadme, amigo, si no pude ir á buscaros á casa de mi tia; halléme con unas gentes tan pesadas que no pude, por mas que hice, desenredarme de ellas. Lo único que me consuela es que á lo menos habeis tenido lugar para satisfacer vuestra curiosidad y vuestros deseos. Y bien, ¿qué os ha parecido mi prima? decidmelo ingenuamente.—¿Qué me ha de parecer? respondió Pacheco; me ha hechizado. Teneis razon en decir que los dos sois muy parecidos. En mi vida he visto facciones mas semejantes. El mismo aire de cara, los mismos ojos, la misma boca, y hasta el mismo eco de voz. No hay mas diferencia entre los dos sino que vuestra prima es algo mas alta; es trigueña y vos rubio; sois festivo y ella seria. Eso únicamente os diferencia uno de otro. En cuanto á entendimiento, continuó, no cabe mas. En una palabra, es una dama de mérito estremado.

Pronunció Pacheco tan fuera de sí estas últimas palabras, que Don Felix le dijo sonriéndose:—Pésame, amigo, de haberos proporcionado este conocimiento con doña Jimena; y si quereis creerme, no volvais mas á su casa; os lo aconsejo por vuestra quietud. Doña Aurora de Guzman podria insensiblemente quitaros el sosiego é inspiraros una pasion....—No necesito volverla á ver, interrumpió Don Luis, para estar ya ciegamente prendado de ella. El mal, si lo hay, está hecho.—Tanto peor para vos, replicó el fingido Mendoza; porque vos no sois hombre de contentaros con una sola, y mi prima no es Doña Isabel. Os hablo claro como amigo: no es muger capaz de sufrir amante alguno que no vaya por el camino real.—¿Por el camino real? repitió Don Luis: ¿y puede irse por otro hácia una señorita de su calidad? Es agraviarme el creerme capaz de mirarla con ojos profanos. Conocedme mejor, mi querido Mendoza. ¡Ah! yo me tendria por el mas dichoso de todos los hombres si aprobara mi solicitud y quisiera unir su suerte con la mia.—¡Oh, Don Luis! repuso Don Felix, supuesto que pensais de ese modo, desde este instante me tendrá de su parte vuestro amor, y desde luego os ofrezco mis buenos oficios con Aurora. Mañana mismo daré principio á ellos, procurando ganar á mi tia, que tiene mucho ascendiente sobre mi prima.

Pacheco dió mil gracias al caballero que le hacia una oferta tan apreciable; y mi ama y yo vimos con gusto que no podia dirigirse mejor nuestra estratagema. El dia siguiente añadimos algunos grados mas al amor de Don Luis con otra invencion. Pasó Aurora á su cuarto despues de suponer que habia ido á hablar con Doña Jimena como para interesarla en su favor, y le dijo así:—Hablé á mi tia, y no me costó poco reducirla á que favoreciese vuestros deseos. Halléla fuertemente preocupada contra vos: yo no sé quién le habia metido en la cabeza que érais un libertino: lo cierto es que alguno le ha dado una idea poco favorable



de vuestras costumbres. Por fortuna tomé vuestro partido con tal tesson, que logré por último desimpresionarla de todo. No obstante, prosiguió Aurora, á mayor abundamiento quiero que los dos solos tengamos una conferencia con mi tia, para asegurarnos mas de su favor y de su apoyo. Manifestó Pacheco una grande impaciencia por hablar cuanto antes con Doña Jimena, y Don Felix procuró que lograrse esta satisfaccion la mañana del dia siguiente bastante temprano. Condújole él mismo á la señora Ortiz, y los tres tuvieron una conversacion, en la cual dió muy bien Don Luis á conocer el mucho terreno que el amor habia ganado en su corazon en tan breve tiempo. Fingióse la sagaz Jimena muy pagada de la tierna aficion que mostraba á su sobrina, y le ofreció hacer cuanto estuviere de su parte para persuadirla á que le diese su mano. Arrojóse Pacheco á los piés de tan buena tia, y le rindió mil gracias. A este tiempo preguntó Don Felix si su prima se habia levantado.—No, respondió la dueña, todavía está durmiendo, y por ahora no se le podrá ver; pero vuelvan ustedes esta tarde, y le hablarán cuanto quieran; respuesta que, como se puede creer, acrecentó en gran manera la alegría de Don Luis, á quien se le hizo eterno el resto de aquella mañana. Restituyóse, pues, á su posada en compañía del fingido Mendoza, quien tenia la mayor complacencia en observar todos sus movimientos, y en descubrir en ellos todas las señales de un amor verdadero.

Toda la conversacion fué acerca de Aurora. Acabada la comida, dijo Don Felix á Pacheco:—Ahora mismo me ha ocurrido un pensamiento. Me parece que podrá ser muy del caso el que yo me adelante un poco á casa de mi tia para hablar á solas á mi prima, y averiguar, si puedo, el estado de su corazon en órden á vuestra persona. Aprobó Don Luis esta idea, dejó salir primero á su amigo, y él le siguió una hora despues. Mi ama supo aprovechar el tiempo, de manera que cuando llegó su amante ya estaba vestida de muger. Despues de haber saludado á Doña Aurora y á su tia, dijo D. Luis:—Yo creí encontrar aquí á Don Felix.—Está escribiendo en mi gabinete, respondió Doña Jimena, y presto saldrá. Quedó satisfecho Don Luis con esta respuesta, y empezó á entablar conversacion con las dos. Sin embargo, á pesar de la presencia del objeto amado, notó que las horas pasaban sin que Mendoza saliese; y no pudo ya Don Luis disimular mas su estrañeza. Aurora mudó de repente de tono, echóse á reir, y le dijo:—¿Es posible, Señor Don Luis, que no hayais aun sospechado la inocente burla que os estamos haciendo? Pues qué ¡unos cabellos rubios, pero postizos, y dos cejas teñidas, me desfiguran, tanto que os hayais dejado engañar hasta este punto? Desengañaos, caballero, prosiguió, volviendo á su natural seriedad, acabad de conocer que D. Felix de Mendoza y Doña Aurora de Guzman son una misma persona.





No se contentó con sacarle de su error, sino que le confesó tambien la flaqueza de su pasion, y todos los pasos que ésta misma le habia sugerido para reducirle al estado en que la veia. No quedó el tierno amante menos encantado que sorprendido de lo que oia y veia: echóse á los piés de mi ama, y lleno de gozo le dijo:—¡Ah bella Aurora! ¿puedo creer con efecto, que yo soy el hombre dichoso que ha merecido á tu bondad tan finas demostraciones? ¿Qué puedo hacer para agradecerlas? Un amor eterno no seria suficiente para pagarlas. A estas palabras se siguieron otras mil halagüeñas espresiones, despues de lo cual los dos amantes hablaron de las medidas que debian tomar para llegar al cumplimiento de sus deseos. Resolvióse que todos partiésemos inmediatamente á Madrid, donde se desenlazaría nuestra comedia por medio de un casamiento. Así se ejecutó, y al cabo de quince dias se casó D. Luis con mi ama, celebrándose la boda con ostentacion y un sinnúmero de diversiones.

